

EUSKADI 2005: FINAL DE TRAYECTO

Las elecciones autonómicas

FRANCISCO J. LLERA

El análisis de unas elecciones conviene hacerlo en la perspectiva del ciclo político en el que se producen, además de tener en cuenta, obviamente, el contexto de la legislatura que termina y las ofertas y el desarrollo de la campaña correspondiente. Creo que estas elecciones autonómicas del domingo 17-A de 2005 pueden suponer el final del ciclo iniciado en 1998 en Estella. Encabecé mi análisis de las elecciones inaugurales del ciclo en estas mismas páginas como *El vértigo del nacionalismo vasco* (*Claves*, núm 89), el de las forales y locales de 1999 como *Frenazo al tren de Estella* (*Claves*, núm. 95), el de las autonómicas de 2001 como *Entre la política de adversarios y el consenso* (*Claves*, núm. 113) y el de las últimas forales y locales de 2003 como 'Concentración y estancamiento nacionalista' (*Cuadernos de Alzate*, núm. 28). Creo, en efecto, que los resultados de estas últimas elecciones nos sitúan al final del trayecto del ciclo político, caracterizado por la radicalización frentista y la política de adversarios.

De ahí que el primer ejercicio tenga que ser el de sumar y restar, el de ordenar de mayor a menor y el de establecer el balance del ejercicio en términos de saldos positivos o negativos. Lo complicado de unas elecciones no es tanto la lectura de la aritmética de los datos como la obtención de conclusiones políticas que puedan dar satisfacción a la voluntad pluriforme de los ciudadanos expresada en las urnas. Para unos, estas conclusiones podrán ser analíticas o explicativas de lo sucedido. Para otros, serán políticas o estratégicas. Unas y otras están vinculadas, pero son diferenciables. No hay que excluir tampoco que haya quien aproveche la ocasión para hacer exorcismo y ajustar cuentas con sus demonios familiares pero, sin carecer de interés, éste es claramente menor que el de las anteriores. Además, las mismas conclusiones de los actores públicos de referencia forman parte del propio resultado, en la medida en que también ellas van a condicionar la agen-

da y las tomas de posición políticas respectivas. Por otra parte, como sucede en las elecciones autonómicas vascas del domingo 17-A, no es lo mismo interpretarlas en perspectiva local, la más determinante, que hacerlo en el horizonte nacional, en cuanto a las consecuencias evidentes para la propia dinámica política de nuestra democracia.

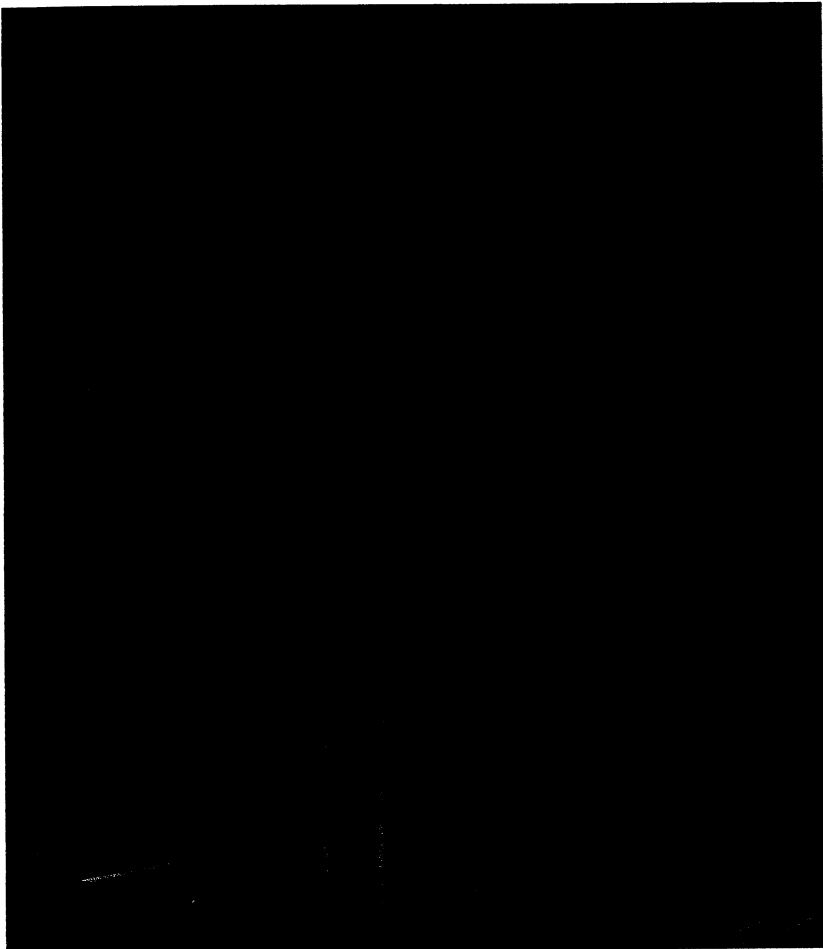
Unas elecciones producen representación política de la voluntad popular y gobierno de la sociedad para el ciclo político inmediato. Suponen un ajuste de cuentas con el pasado inmediato y marcan el margen de maniobra que la ciudadanía otorga a sus líderes políticos para garantizar la gobernabilidad y la administración de los recursos públicos, de acuerdo con las ofertas programáticas de cada partido. Aunque hablemos de voluntad popular en singular, obviamente ésta es plural, como lo son sus movimientos electorales. Los mensajes que el comportamiento electoral de los ciudadanos nos transmiten son, por tanto, interpretables y pueden ser contradictorios. En una democracia representativa como la nuestra, esta tarea de interpretación política poselectoral es clave para acertar en la gobernabilidad de la sociedad. Ésa es la responsabilidad de los políticos, sobre todo pero la sociedad civil también debe y puede hacer y exigir sus cuentas en esta interpretación. La clave es acertar con la corriente de fondo, positiva o negativa, de la voluntad expresada en las urnas, así como con los mensajes complementarios. Ésa es, precisamente, la razón de ser del "Gobierno mayoritario", sea monocolor o de coalición e inclusivo, o de concertación parlamentaria. El Gobierno mayoritario que tienen que producir unas elecciones es el que garantice la máxima estabilidad y, sobre todo, productividad política.

La última legislatura del ciclo de Estella

La gobernanza democrática es incompatible con un Gobierno *okupa*, que administra clientelarmente un presupuesto (no sin trun-

cos y dificultades) pero sin actividad legislativa relevante. Un Gobierno en minoría para no tener que concertar su política radical pero que se apoya e instrumentaliza el movimiento antisistema para ir tirando. De hecho, la séptima legislatura del parlamento vasco ha estado lastrada por las prórrogas presupuestarias, la inconstitucionalidad y los apuros, a veces nada ortodoxos, para sacar adelante los presupuestos en algunos ejercicios y la bajísima y poco relevante productividad legislativa (31 leyes aprobadas), que hacen de las dos últimas legislaturas las de menor rendimiento, junto con la frustrada de 1984. La gobernanza democrática también es incompatible con la dinámica obstructionista e irresponsable de una oposición solo negativa. Ni qué decir tiene su incompatibilidad con la instrumentalización política o la legitimación de la capacidad de chantaje de opciones claramente antisistema y, sobre todo, vinculadas a la violencia terrorista. No digamos nada si tal Gobierno precario se lanza a la aventura de poner patas arriba, no sólo el entramado institucional fundacional, sino la propia sociedad, y lo hace con la coartada buscada de la división irreductible, la ingobernabilidad o la irresponsabilidad de los demás actores de oposición. De otro modo, en lugar de dar prioridad al Gobierno mayoritario y a la concertación, maximizando las corrientes democráticas de fondo, ese Gobierno precario antepone los intereses comunitaristas o de partido.

Esto es, precisamente, lo que hizo Ibarretxe en la legislatura anterior con su juego de máscaras, alimentando los factores de desestabilización, chantaje o segmentación irresponsable, que le permitieron jugar un rebuscado, aunque eficaz, papel de víctima salvadora y fundacional. En el fondo de esta visión populista y plebiscitaria de la gobernanza, profundamente antidemocrática, siempre late el empecinamiento inercial de una personalidad autoritaria. Esta dinámica fue posible por la política de frentes



inaugurada en el verano de 1998 en Estella por la concertación entre nacionalistas institucionales y violentos, buscando maximizar sus intereses comunitaristas aun a costa de romper en pedazos a la propia sociedad vasca y sin reparar en la profunda perversión política y moral de pactar ilegítimamente con terroristas o preferir concertarse con el movimiento antisistema antes que con las fuerzas democráticas. Esta estrategia y su política es la que nos llevó a una ruptura en dos de la sociedad vasca hace cuatro años, al provocar la reacción concertada de los constitucionalistas encabezados por el Partido Popular (PP). Pero todo apunta a que esa estrategia es la que han rechazado los vascos en las últimas urnas. Seguir en el empeñamiento, como si nada, retrasando el cambio de un ciclo de ocho años perdidos, es una grave irresponsabilidad de quienes por señalamiento mayoritario son los máximos responsables de marcar el rumbo de la nueva legislatura: el Partido Nacionalista Vasco (PNV), Ibarretxe y sus eventuales socios de gobierno.

La legislatura también ha estado marcada por el cambio estratégico del Partido Socialista (PSE-EE), la crisis y relevo en su se-

cretaría general, y, sobre todo, la ruptura con el PP, buscando una vía autónoma para la competición y la alternancia con el nacionalismo. La propia alternancia en el Gobierno de la nación, el final de la era Aznar y los nuevos liderazgos nacionales tienen un impacto indudable en unos electorados autonomistas muy pendientes de los movimientos en la política nacional. Además, la forma en que se produce el relevo en el Gobierno de la nación tras el dramático 11-M, la distinta interpretación política de aquellos acontecimientos, la difícil asunción de la derrota por parte del PP, la crisis final del Pacto por las Libertades y contra el Terrorismo, las polémicas con las asociaciones de víctimas y el choque frontal entre socialistas y populares ha tenido consecuencias relevantes en la forma de movilizar al espacio constitucionalista en Euskadi. Ambos partidos pugnaban por liderarlo y, además, por conducirlo de forma diversa. A esto hay que añadir el cambio de liderazgo en ambos partidos: Patxi López sustituyó a Nicolás Redondo y María San Gil a Jaime Mayor. No es menos relevante el efecto colateral de que la ruptura entre ambos y el giro estratégico del socialismo tras la

relativa frustración de las expectativas en las elecciones de 2001 fueron desactivando poco a poco a los movimientos cívicos, que resultaron claves en el indudable éxito movilizador del constitucionalismo en aquella fecha.

Otro dato clave de la legislatura ha sido la aprobación de la Ley de Partidos en junio de 2002 y la consecuente ilegalización de Batasuna en marzo de 2003. Todo ello acompañado de la menor actividad terrorista de ETA y su red, sobre todo por sus dificultades operativas y de reclutamiento, gracias a la eficacia policial y a la cooperación internacional. La consecuencia evidente ha sido la exclusión del movimiento antisistema de casi todas las instituciones (Cortes Generales, Parlamento Europeo, instituciones forales y ayuntamientos), la ruptura de socialistas y populares por este tema con el nacionalismo institucional y la catarata de procesamientos contra el entramado civil de la violencia (cierres de *Egin* y *Egunkaria*, incautación de bienes y sedes, etcétera), que han llegado a afectar a la propia presidencia del Parlamento Vasco. Frente a ello, cabe mencionar el mayor protagonismo de las víctimas del terrorismo y su red asociativa, reivindicando su memoria y su dignificación, al tiempo que se desarrollaba un amplio movimiento de divulgación de valores democráticos y de tolerancia.

Como decía, estas elecciones se han celebrado al final de la segunda legislatura de un ciclo caracterizado por la estrategia de convergencia nacionalista excluyente iniciada en Estella y por el consecuente frentismo político, que se deriva de la radicalización soberanista del conjunto del nacionalismo. El resultado de la misma fue el propio *plan Ibarretxe*, de ruptura constitucional y del consenso siguiendo un guión de secesión unilateral, que es el que marca, realmente, esta legislatura y su final. El 30 de diciembre de 2004 la propuesta de "Nuevo Estatuto" salió adelante en el Parlamento Vasco, lastrada por el apoyo envenenado del movimiento antisistema, sin repugnancia democrática alguna por parte

del nacionalismo. Luego, sin embargo, fue rechazada el 2 de febrero de 2005 por la inmensa mayoría del Congreso de los Diputados. Era el escenario buscado: Euskadi contra España. La escenificación del choque de comunidades en el Parlamento Vasco, primero, y de legitimidades, después, en el Congreso de los Diputados, constituyeron la excusa para poner fin a la legislatura y hacerlo convocando las elecciones en clave plebiscitaria.

Una campaña rota y desmovilizadora

En efecto, Ibarretxe solicitaba a los electores vascos un “clamor” en favor de su estrategia y, en menor medida, de su Gobierno, tratando de unificar en el apoyo de su propuesta a toda la comunidad nacionalista a base de guiños y concesiones al radicalismo violento. Sin embargo, temiendo asustar a una parte del nacionalismo moderado, al que sabían reticente con su propuesta, sobre todo después de escenificarse su rechazo por las Cortes Generales y evidenciarse su inviabilidad democrática, ocultó en la campaña su plan con un envoltorio supuestamente más aceptable, como el de la fuerza de los votos y de la mayoría absoluta para “negociar con Madrid” pero “decidiendo aquí”.

Aunque de por sí esta apelación plebiscitaria y rupturista ya era un elemento de polarización, la división entre las fuerzas políticas autonomistas y el giro estratégico socialista no contribuían al frentismo de alternancia que había definido el final de la legislatura anterior y las elecciones de 13 de mayo 2001. El cambio de ciclo en España, caracterizado por la alternancia gubernamental, habían hecho del PSE-EE el principal referente de oposición autonomista al nacionalismo, los socialistas, sin embargo, se esforzaron por tomar distancia del PP y por sacudirse cualquier tipo de adherencia interna (redondismo) o externa (Basta Ya) que pudiese hacer evocar a sus electores potenciales la anterior unidad de acción liderada por Mayor Oreja. Optará por una estrategia electoral, denominada tradicionalmente como “vasquista”, que busca pescar en los caladeros autonomistas del electorado nacionalista para lo que promocionó en el último tramo de la legislatura una propuesta de reforma estatutaria (etiquetada como “plan Guevara”) y el acompañamiento del movimiento cívico Aldaketa (encabezado por Joseba Arregi), ambos ex consejeros nacionalistas. La debilidad de la imagen de su nuevo candidato en la opinión pública, incluida la socialista¹, y la ambigüe-

dad de sus mensajes no incentivaron suficientemente ni la fidelidad de sus votantes de las legislativas ni al electorado descontento con el radicalismo del PP; y, por supuesto mucho menos, la captación de votos del caladero nacionalista, que parecía la orientación estratégica, casi unívoca, de la campaña. Es muy sintomático el resultado de Álava tras el apoyo del PSE-EE a la moción de censura de los nacionalistas contra el Gobierno foral del PP. Como siempre, hay imágenes que valen más que mil palabras.

El PP, por su parte, prefirió enrocarse en la estrategia constitucionalista anterior que tan buenos resultados le había dado cuatro años atrás, pero con un liderazgo nuevo y atrayente como el de María San Gil. Sin embargo, su posición competitiva era muy distinta tras la pérdida del Gobierno de la nación; y, por si fuera poco, al dedicar buena parte de la campaña al desgaste socialista por la ilegalización de las plataformas antisistema y, muy particularmente, del Partido Comunista de las Tierras Vascas (EHAK/PCTV), desenfocaron seriamente su campaña. El resultado fue una amplia desincentivación de la participación de su electorado más moderado.

Ezker-Batua/Izquierda Unidad (EB/IU), con Madrazo al frente, buscaba la continuidad de su acomodo gubernamental en el tripartito, situando el nivel de la crítica a las posiciones de Ibarretxe en el límite justo para no hipotecar tal posición. Era un sí, pero no. Sí a la continuidad del Gobierno de Ibarretxe, pero no a su plan². Sí al referéndum, pero vuelta al consenso para la reforma estatutaria. Sí a seguir en el Gobierno (preferiblemente), pero no de cualquier manera (seguramente). En todo caso, centraban su campaña en el valor de unos votos que les podían dar la clave de la gobernabilidad, porque el argumento de la centralidad o el puente entre las dos orillas de hace cuatro años ya no tenía el crédito ni el ambiente de entonces.

Por otro lado, quedaba una descolocada Batasuna, ya excluida de ayuntamientos, instituciones forales, Parlamento Europeo y Cortes Generales, que buscaba por todos los medios un resquicio para colarse en el Parlamento Vasco o, al menos, el necesario protagonismo para cuestionar la legitimidad democrática de las elecciones. Su único programa o mensaje era “contra la exclusión” (se

entiende la suya, porque de la de los demás, incluido el exterminio, ellos son maestros aventajados) y, por tanto, la pacificación (entendida a su manera), protagonizada por una mesa de diálogo de todos los partidos. Paradójicamente, casi todo lo anterior pasó a segundo plano, para que el tema de Batasuna, primero, Aukera Guztiak (AG), más tarde, y EHAK/PCTV, al final, ocupase la atención mediática de la campaña en tanto en cuanto las expectativas electorales de todos pasaban por las opciones que los violentos y sus amigos del movimiento antisistema tuviesen para obtener representación y, por tanto, capacidad de chantaje en la formación de mayorías. Desde el primer momento, la coalición PNV-EA, acompañada por EB/IU, hizo de la descalificación de la ilegalización un elemento de competición para desgastar a sus adversarios constitucionalistas, sobre todo al PSE-EE, al tiempo que hacía una OPA amable a sus parientes radicales, buscando la concentración de un voto nacionalista que le garantizase a su coalición o, al menos, al tripartito la mayoría absoluta necesaria para seguir en su estrategia soberanista. En el extremo contrario, el PP hizo de la presión sobre el Gobierno socialista en este tema un argumento continuo de desgaste, hasta el punto de denunciar intereses electorales ocultos y acuerdos políticos inconfesables por la no ilegalización de EHAK/PCTV, la gabarra fácil que encontraron los violentos para desembarcar (nótese que nunca lo intentaron con Aralar, la otra marca escindida del tronco *abertzale* radical). A todo ello hay que añadir el indudable morbo o gancho mediático que tenía en la opinión pública y en el resto de los partidos la incertidumbre del proceso pero, sobre todo, del impacto electoral y político que habría de tener su resultado, convirtiéndolo en el centro y, en definitiva, en la clave de la contienda.

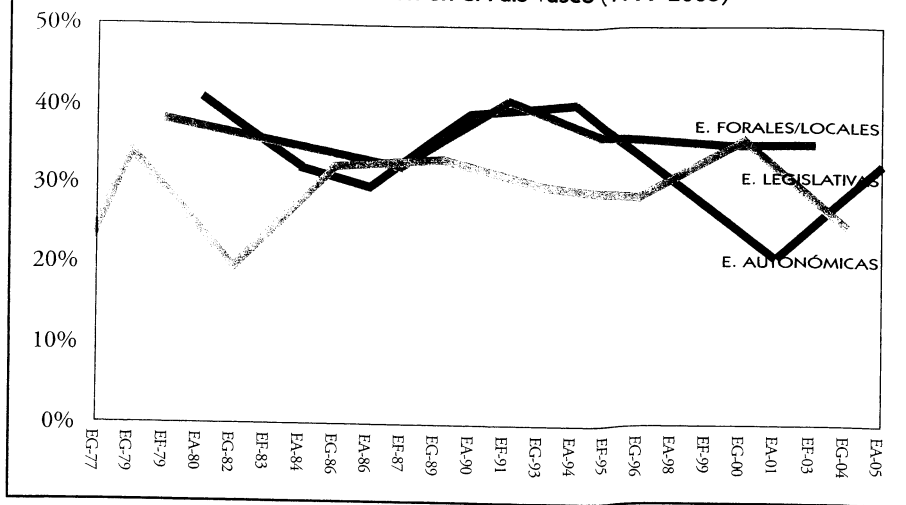
Finalmente, queda la nueva marca Aralar y la vuelta autónoma de Unidad Alavesa (UA) a la competición tras su experiencia de coalición con el PP. La primera, escindida de Euskal Herritarrok (EH) por su rechazo a la violencia de ETA, buscaba consolidar su espacio electoral tras su relativo éxito institucional en las elecciones forales y locales de hace dos años. La segunda, tras una trayectoria errática, intentaba recuperar el espacio del foralismo alavesista.

En estas condiciones de menor tensión polarizadora entre los bloques, de casi nula percepción de posibilidades de alternancia, de elevado tono de división entre las fuerzas autonomistas, de desactivación de la movilización de los movimientos cívicos y de claro

¹ Según nuestro Euskobarómetro de noviembre, era el líder peor valorado por su propio electorado (5.7).

² En nuestro Euskobarómetro de noviembre, más de una cuarta parte de sus votantes valoraban negativamente el Gobierno tripartito y el 41% consideraban la propuesta de Ibarretxe como un factor de división e ines-

Evolución de la abstención en el País Vasco (1977-2005)



de los acontecimientos vaticanos de inicio de campaña, le dieron a ésta un perfil competitivo y movilizador muy discreto. Por si fuera poco, ni la propia ETA tuvo el protagonismo violento de otras ocasiones; y, si lo tuvo, fue el del desmantelamiento eficaz del nuevo comando Donosti. Ibarretxe, con una excelente imagen y su posición institucional privilegiada³, dulcificó paradójicamente el radicalismo plebiscitario de su convocatoria sin evocar su plan sino apelando al apoyo ciudadano a una ambigua negociación que le abrió una vía de agua por el flanco radical y facilitó la vuelta a su lugar natural. Los socialistas, con candidato nuevo y una valoración discreta entre sus votantes, ofrecían una poco visible y también ambigua alternancia, retomando el camino perdido del consenso en la reforma estatutaria, que atraía un voto moderado y con ansias de cambio pero sin ilusionar lo suficiente y generando desconfianza entre sectores que les habían apoyado cuatro años antes para la alternancia. El PP, después de perder su posición de gobierno en Madrid y deshecho el frente constitucionalista, se convertía en un actor secundario que sólo ofrecía resistencia a la supuesta claudicación socialista ante el radicalismo nacionalista de uno y otro signo y que tenía que aspirar a reducir al mínimo su cantado retroceso.

El resultado fue la caída en 11 puntos de la participación electoral con respecto a 2001, situándose en el nivel de las elecciones forales de 2003 de este mismo ciclo, ligeramente por encima del promedio (66,7%) de las siete elecciones autonómicas anteriores y en niveles similares a las de 1986 y 1998. Los

222.362⁴ votantes menos se reparten casi por igual entre nacionalistas (100.000) y autonomistas (103.000), pero afectan, sobre todo y casi en exclusiva, a las dos opciones de la derecha protagonistas de la confrontación anterior (PNV y PP). Si se echa un vistazo al mapa de la abstención se puede comprobar que es en las grandes poblaciones de sociología autonomista y moderada donde ésta supera al promedio general; así, Barakaldo, Sestao, Santurtzi, Portugalete, Basauri, Rentería, Irún, Hernani o Andoain, entre otras. Sin embargo, la menor participación general se nota en el resto de poblaciones, sobre todo en aquellas de mayoría nacionalista en las que se habían batido récords de participación hace cuatro años.

La victoria amarga de la coalición PNV-EA

La ganadora indiscutible de estas elecciones ha sido la coalición PNV-EA, que, con sus 468.117 votos y su 38,4% (29 escaños), se sitúa a casi 200.000 votos y 16 puntos de su siguiente competidor socialista. Sin embargo, la pérdida de 136.000 votos (casi una cuarta parte de su electorado de hace cuatro años) y, sobre todo, de cuatro de sus 33 escaños anteriores les hacen fracasar en todos sus objetivos: no ha habido plebiscito a sus planes soberanistas, no ha habido clamor para reforzar su posición negociadora en Madrid, no se ha producido concentración de voto nacionalista, y no sólo no ha habido mayoría absoluta, sino que ni en solitario ni con el tripartito han podido mantener su superioridad sobre la suma de la representación constitucionalista. Lo cierto es que han desmovilizado a sus electores moderados⁵ y se

les han ido parte importante de los votos radicales que habían recuperado cuatro años atrás. En términos parlamentarios, sus 29 escaños le convierten en el segundo peor resultado del nacionalismo gubernamental (PNV-EA), tras los 27 obtenidos en 1998. Su único consuelo es que el bloque nacionalista, tras su ligera recomposición, mantiene la mayoría absoluta de 39 escaños y suma alrededor del 53% del voto válido, a pesar de perder un escaño y más de 100.000 votos. Pero, también en este caso, es el peor resultado parlamentario de todo el proceso autonómico, en el que llegó a tener hasta 52 escaños en el año 1986, y ha ido cediendo terreno, lentamente desde 1994, cuando ya bajó a 41 por la desaparición de EE. Las disyuntivas de gobierno y alianzas que tiene que asumir no van a ser de fácil resolución interna, tanto para la coalición como para el propio PNV (que es quien ha perdido los cuatro escaños, quedándose en los 22 de los años noventa), en el que el liderazgo de J. J. Imaz puede ser determinante. Hay, por tanto, un fracaso estratégico del PNV, al no conseguir con su radicalismo soberanista unificar y concentrar el voto nacionalista, por una parte, pero, sobre todo, no convencer precisamente por ello a sus apoyos más moderados y aislarse de la posibilidad de alianza con las fuerzas democráticas. Es inevitable que ante tal fracaso estratégico, como ya se evidenciaba en la división protagonizada por Egibar e Imaz en el proceso sucesorio, haya sectores que propugnen una revisión estratégica, que tendría que amortizar necesariamente a Ibarretxe y su programa. Pero ésta, a su vez, incentivaría la tentación de sectores radicales de EA de configurar un espacio nacionalista radical (EA, Aralar, Batasuna) alternativo al de PNV, pensando en un escenario sin violencia. En todo caso, la coalición de conveniencia PNV-EA, que habría maximizado los beneficios matemáticos del sistema electoral, saldrá muy tocada de este proceso de tensiones.

El éxito limitado del PSE-EE

El PSE-EE es el vencedor moral de estas elecciones, en la medida en que su discreto avance, revalorizado por la menor caída de los populares, le convierte en una pieza clave para condicionar el nuevo ciclo político de cambio al que apelaba el presidente Rodríguez Zapatero. Sus 274.546 votos, 22,5% y 18 escaños, le suponen un incremento neto de apoyos de

³ Con un 5,7 era el líder mejor valorado, sobre todo, por su propio electorado (7,8), según nuestro Euskobarómetro de noviembre, en el que su gobierno sumaba un 54% de aprobación y un porcentaje similar lo consideraba el mejor candidato para continuar al frente del futuro gobierno.

⁴ Hemos de recordar que ha habido unos 14.000 electores menos censados y unos 79.000 electores nuevos.

⁵ Hemos de recordar que, según nuestro Euskobarómetro de noviembre, una cuarta parte del electorado del PNV consideraba que la propuesta de Ibarretxe, sin

haber sido aprobada todavía por el Parlamento Vasco, generaba inestabilidad y división, la consideraban de ruptura, un tercio rechazaba el apoyo de Batasuna, otro tercio reclamaba retirarla o negociarla con los socialistas y, sobre todo, un 60% consideraba imprescindible el consenso para sacarla adelante.

Evolución electoral del País Vasco en las Elecciones Autonómicas 1980-2005
(% sobre censo y sobre votos válidos)

	EA M-80			EA F-84			EA N-86			EA O-90			EA O-94			EA O-98			EA M-01			EA A-05		
	Votos	Censo	V.V.(%)	Votos	Censo	V.V.(%)	Votos	Censo	V.V.(%)	Votos	Censo	V.V.(%)	Votos	Censo	V.V.(%)	Votos	Censo	V.V.(%)	Votos	Censo	V.V.(%)	Votos	Censo	V.V.(%)
PNV (4)	349.102	22,4	38,1	451.178	28,5	42,0	271.208	16,3	23,6	289.701	17,2	28,5	304.346	17,4	29,3	347.958	19,4	27,5	604.222	33,3	42,4	468.117	26,0	38,4
HB / EH (6)	151.636	9,7	16,5	157.389	9,9	14,7	199.900	12,0	17,4	186.410	11,0	18,3	166.147	9,5	16,0	223.264	12,4	17,7	143.139	7,9	10,0	150.644	8,4	12,4
EE	89.953	5,8	9,8	85.671	5,4	8,0	124.423	7,5	10,8	79.105	4,7	7,8	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---
EA	---	---	---	---	---	---	181.175	10,9	15,8	115.703	6,8	11,4	105.136	6,0	10,1	108.607	6,0	8,6	---	---	---	---	---	---
ESEI / Auzolan (1)	6.280	0,4	0,7	10.714	0,7	1,0	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---
ARAIAR	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	28.180	1,6	2,3
Nacionalistas	596.971	38,4	65,2	704.952	44,5	65,6	776.706	46,8	67,6	670.919	39,7	66,0	575.629	32,9	55,5	679.829	37,8	53,8	747.316	41,2	52,4	646.941	36,0	53,1
PSE-EE	130.221	8,4	14,2	247.786	15,6	23,0	252.233	15,2	22,0	202.736	12,0	19,9	174.682	10,0	16,8	218.607	12,0	17,3	253.195	14,0	17,8	274.546	15,3	22,5
PP (2) (5)	43.751	2,8	4,8	100.581	6,3	9,4	55.606	3,3	4,8	83.719	5,0	8,2	146.960	8,4	14,2	250.580	13,9	19,8	326.933	18,0	22,9	210.614	11,7	17,3
UCD-CDS (3)	78.095	5,0	8,5	---	---	---	40.445	2,4	3,5	6.680	0,4	0,7	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---
UA	---	---	---	---	---	---	---	---	---	14.351	0,8	1,4	27.797	1,6	2,7	15.722	0,9	1,2	---	---	---	4.117	0,2	0,3
PCE / IU	36.845	2,4	4,0	14.985	0,9	1,4	12.425	0,7	1,0	14.440	0,8	1,4	93.291	5,3	9,0	70.835	3,9	5,6	78.862	4,3	5,5	65.023	3,6	5,3
Otros	30.392	1,9	3,3	5.274	0,3	0,5	6.617	0,4	0,6	23.874	1,4	2,3	1.462	0,1	0,1	8.907	0,5	0,7	7.918	0,4	0,6	9.357	0,5	0,8
Estatales	319.304	20,5	34,8	368.626	23,3	34,3	367.326	22,1	32,0	345.800	20,5	34,8	444.192	25,4	42,8	564.651	31,2	44,6	666.908	36,7	46,8	563.657	31,3	46,2
Izquierda	445.327	28,6	48,6	521.819	32,9	48,6	595.598	35,9	51,8	501.437	29,7	49,3	435.582	24,9	42,0	513.565	28,3	40,5	483.114	26,6	33,9	527.750	29,3	43,3
Centro / Derecha	470.948	30,3	51,4	551.759	34,8	51,4	548.434	33,0	47,7	515.282	30,5	50,7	584.239	33,4	56,3	730.915	40,7	57,9	931.155	51,3	65,3	682.848	37,9	56,0
Votantes	929.051	59,8	---	1.085.304	68,5	---	1.155.815	69,6	---	1.029.457	61,0	---	1.044.085	59,7	---	1.261.790	70,0	---	1.431.996	78,97	---	1.223.634	68,0	---
Censo	554.527	100,0	---	1.584.540	100,0	---	1.660.143	100,0	---	1.687.936	100,0	---	1.749.250	100,0	---	1.795.061	100,0	---	1.813.356	100	---	1.799.523	---	---

Fuente: Dpto. Ciencia Política UPV/EHU a partir de los datos de las Juntas Electorales.

(1) ESEI (1980). Auzolan (1984); (2) Incluye CP, PDL, PDR AP y PL; (3) UCD (1980); (4) PNV-EA (2001 y 2005); (5) PP-UA (2001); (6) EHAK/PCTV en 2005

más de 21.000 votos, que en un contexto de fuerte desmovilización le dan cinco puntos porcentuales y cinco escaños más, recuperando su tradicional segunda posición. Sin embargo, no alcanza sus mejores resultados de 1984 y 1986 (19 escaños) ni sus expectativas de llegar a superar los 20 escaños de haberse acercado a los 337.000 obtenidos por Zapatero en las legislativas de hace un año, apuntándose un relativo fracaso en Álava (a pesar de ser el ganador en la capital, Vitoria), al no poder convertirse en la primera fuerza parlamentaria y empatar en la segunda posición con el PP. El PSE-EE habría logrado movilizar a alguno de sus abstencionistas de hace cuatro años, retendría un puñado de votos de los transferidos del PP en las legislativas, obtendría votos críticos de Madrazo y habría contribuido a desmovilizar a los sectores moderados descontentos, tanto del PNV como del PP, con los que podría contar para una ulterior captación de voto. El reto que tiene el PSE-EE para forzar el cambio de ciclo es importante, tanto para el partido en Euskadi como para el PSOE en el Gobierno.

La resistencia derrotada del PP y el final de UA

El PP, con sus 210.614 votos, 17,3% y 15 escaños, es el otro gran derrotado de estas elecciones, al perder más de 116.000 votos (más de un tercio de su electorado), cinco puntos,

⁶ En nuestro Euskobarómetro de noviembre, una cuarta parte del electorado del PP consideraba igual o mejor la gestión del nuevo Gobierno socialista en relación al último Gobierno popular, estaban mayoritariamente de acuerdo con las reformas constitucionales propuestas por el PSOE y una cuarta parte creía que Ibarretxe debería negociar su propuesta con el PSOE, aunque demandasen casi unánimemente el consenso para su aprobación final.

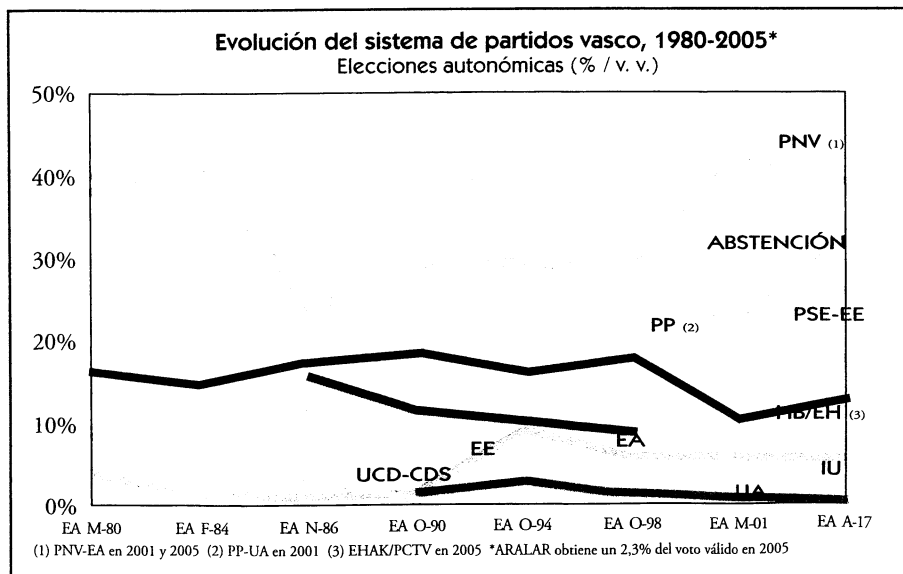
cinco escaños y su anterior segunda posición. La desmovilización de sus electores moderados, el voto útil de quien gobierna en Madrid y, en menor medida, la ruptura de la coalición con UA han sido sus principales vías de agua. Sin embargo, su cambio de liderazgo, la buena campaña de María San Gil y su posición de resistencia le han permitido consolidar un electorado sólido y cercano al del inicio de su ciclo de ascenso en la segunda mitad de los noventa, particularmente en Álava, donde obtiene los réditos de su posición institucional, sobre todo en la Diputación Foral. El PP debe revisar profundamente su estrategia de oposición numantina y su discurso radical⁶ si quiere jugar un papel más allá de la propia resistencia y aislamiento políticos.

Por otra parte, la desaparición parlamentaria de UA (4.117 votos de los más de 25.000 que llegó a tener en 1994) es el fruto de su errática trayectoria y, sobre todo, de su

abandono de la coalición con el PP, refugiándose en un alavesismo foralista que no está ya en condiciones de competir con el autonomista de socialistas y populares. De este modo, cierra su presencia parlamentaria ininterrumpida desde 1990, desde la que contribuyó sin duda a hacer de Álava un baluarte para frenar las aspiraciones soberanistas del nacionalismo.

La capacidad reactiva de un radicalismo 'abertzale', dividido y en declive

La capacidad reactiva del movimiento antisistema *abertzale* ha conseguido frenar su caída imparable al sumar más de 7.000 votos (más de 35.000, si contamos los de Aralar) a los 143.000 obtenidos por EH cuatro años antes, lo que unido a su mayor capacidad movilizadora le permite incrementar su representación en dos puntos y dos escaños en relación a los obtenidos en 2001. Con todo, es



... hace cuatro años, lo que no le va a impedir seguir condicionando la gobernabilidad del país a través de su capacidad de chantaje institucional y, especialmente, sobre el PNV-EA. Al voto nuevo captado hay que añadir parte de los 80.000 votos cedidos al PNV-EA hace cuatro años. El problema de esta opción es su carencia de personal político, de programa y de estrategia tanto para gobernar como para hacer oposición institucional. Por otra parte, la administración por Batasuna de la representación obtenida no va a ser nada fácil y puede agudizar su crisis a medio plazo.

Aralar, con sus 28.000 votos (un 2,3% y su escaño guipuzcoano), consolida su electorado de 2003 y 2004 y, con su entrada en el Parlamento Vasco, su acceso a las instituciones forales y locales de 2003. Sin embargo, no ve cumplida tampoco su expectativa de ser la clave de la gobernabilidad, aunque juega un papel relevante en la recomposición de los espacios nacionalistas y, sobre todo, en la crisis del espacio violento antisistema, dándole una salida democrática en clave soberanista, muy distinto del papel jugado por EE en los años ochenta.

El dilema estratégico de EB/IU

EB/IU, con unos 65.000 votos (el 5,3% y tres escaños), mantiene su posición parlamentaria, a pesar de perder 14.000 votos (un 18% de los votos obtenidos hace cuatro años). Pero sus tres escaños dejan de ser condicionantes automáticos de la gobernabilidad, obteniendo un bajo rédito de su posición de gobierno. Lo cierto es que este mal resultado, unido al del fracaso relativo del tripartito y al entierro de la política de frentes por los socialistas, les dejan casi sin estrategia⁷. Su dilema es apuntalar la estrategia moribunda del nacionalismo por intereses casi personales, que tiene muy poco que ver con el *desideratum* de la "izquierda transformadora", o, por el contrario, intentar un nuevo camino con sus socios en Madrid y pensando en clave de las transformaciones del propio escenario nacional y su gobernabilidad.

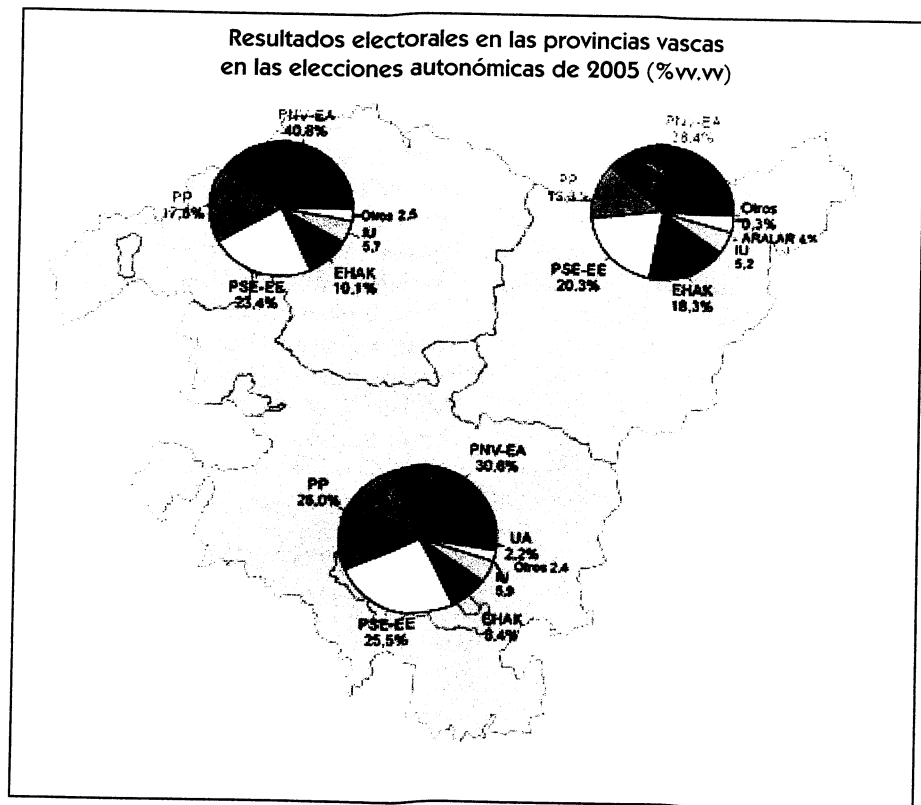
Un mapa casi inamovible: entre el predominio territorial nacionalista y el peso demográfico de las opciones estatales

Álava es la que refleja una mayor fragmentación entre las tres grandes opciones elec-

... nos (dos entre las opciones autonomistas y uno entre las nacionalistas). La coalición PNV-EA vuelve a ganar con el 30,6% y ocho escaños, tras perder 13.000 votos, tres puntos porcentuales y un escaño. El PP, a pesar de perder 18.000 votos (4.000 hacia UA), más de seis puntos (dos hacia UA) y dos escaños, se mantiene en la segunda posición, con el 26% del voto válido, y empatata a siete escaños con el PSE-EE. El PSE-EE, a pesar de subir más de 3.000 votos, cinco puntos y dos escaños, no logra, con su máximo autonómico del 25,5%, arrebatarse la segunda posición al PP, que había quedado a sólo un punto de la coalición ganadora cuatro años antes. EHAK /PCTV, con un 8,4%, ocupa la anterior posición de EH, añadiendo 2.500 votos, dos puntos y un nuevo escaño al anterior. EB/IU, con un 4,9%, mantiene su anterior posición parlamentaria, si bien pierde 3.000 votos y retrocede un punto. Finalmente, Aralar y UA se sitúan en una posición muy marginal, en torno al 2% del voto válido.

... 18.000 votos, cuatro puntos y un escaño, superando en dos puntos la cota máxima obtenida por el PP hace cuatro años, pero lejos de su récord del 22% en 1984. EHAK/PCTV, con un 18,3% y cinco escaños, vuelve a la tercera posición, tras recuperar 1.000 votos, tres puntos porcentuales y un escaño. El PP pierde 30.000 votos, cinco puntos porcentuales y un escaño, lo que le hace retroceder de la segunda a la cuarta posición, con un 13,3% y tres escaños. EB/IU mantiene sus posiciones (5,2% y un escaño) a pesar de perder 3.000 votos. Finalmente, Aralar, con su 4%, logra su primer escaño autonómico en esta provincia, consolidando sus resultados forales de hace dos años.

Vizcaya es la provincia que produce un cambio más moderado, con sólo dos escaños cambiando de manos (los dos que los socialistas obtienen de populares y nacionalistas). La coalición PNV-EA vuelve a ser la ganadora, con el 40,8% y 11 escaños, tras perder 69.000 votos, casi tres puntos porcentuales y un escaño. El PSE-EE, con el



Guipúzcoa es la provincia que experimenta mayores cambios, aunque sólo tres escaños cambian de manos (dos entre las opciones nacionalistas y uno entre las autonomistas). La coalición PNV-EA vuelve a ganar, con el 38,4% y 10 escaños, pero experimenta el mayor retroceso tras perder 64.000 votos, seis puntos porcentuales y dos escaños. El PSE-EE, con su 20,3% y cinco escaños, recupera la segunda posición,

23,4% y seis escaños, recupera su segunda posición y, tras subir 13.000 votos, cinco puntos y dos escaños, bate su propio récord autonómico en porcentaje de voto válido, igualando el de escaños. El PP, con el 17,6% y cinco escaños, retrocede a la tercera posición, tras perder 63.000 votos, casi seis puntos porcentuales y un escaño. EHAK/PCTV, con el 10,1% y dos escaños, mantiene las posiciones anterior de EH, a pesar de su-

⁷ Según nuestro Euskobarómetro de noviembre, la mayoría de su electorado ya abogaba o por la negociación del *plan Ibarretxe* con los socialistas o, simplemente, por su retirada, considerando el consenso imprescindible por ocho de cada diez.

bir más de 4.000 votos y un par de puntos porcentuales. EB/IU, con el 5,7% y un escaño, también mantiene sus posiciones, a pesar de perder 7.000 votos.

La coalición PNV-EA es la ganadora en todas las provincias y en 216 municipios (el 86,4% del total), entre los que destacan Bilbao y San Sebastián. El EHAK/PCTV gana en otras 13 localidades de la periferia guipuzcoana (Aduna, Alzaga, Alzo, Arama, Ataun, Ballarain, Belaunza, Hernani, Leaburu, Lezo, Lizarza, Oreja y Zaldibia), todas ellas pequeñas, con la excepción de Hernani, y en casi todas a un corta distancia de la coalición PNV-EA. El PP gana en otras 11 pequeñas poblaciones de La Rioja alavesa (Armiñón, Baños de Ebro, Elciego, Labastida, Lagran, Laguardia, Lantarón, Navaridas, Oyón, Ribera Baja y Yécora). Finalmente, el PSE-EE gana en Vitoria y en la vecina Iruña de Oca, además de en ocho grandes poblaciones vizcaínas (Barakaldo, Ermua, Echevarri, Portugalete y Sestao) y guipuzcoanas (Irún, Lasarte y Rentería).

Finalmente, si agregamos las distintas opciones electorales en dos grandes bloques de nacionalistas y estatales respectivamente, los primeros ganan en 216 municipios pequeños y medianos (el 86,4%), que suponen el 39,7% del censo electoral. Por su parte, los estatales, además de ganar en las tres capitales, lo hacen en otras 31 poblaciones (17 pequeños municipios de Álava; Irún, Lasarte y Rentería, en Guipúzcoa; y Barakaldo, Basauri, Ermua, Echevarri, Getxo, Leioa, Portugalete, San-

turtzi, Sestao y Trápaga en Vizcaya), aglutinando el 60,3% del censo electoral.

¿Empate infinito entre bloques?

Sabemos que en cualquier elección hay movilización y desmovilización, entrada de nuevos votantes y desaparición de otros, y que puede haber cambios de partido en muchas direcciones por mayor o menor número de electores. Esto último es lo que llamamos volatilidad bruta, que en su componente individualizado sólo podemos analizar de una forma muestral. Sin embargo, podemos aproximarnos a su patrón en cada elección a partir de la volatilidad neta o agregada⁸, que se refiere al cambio medio por partido entre dos elecciones sucesivas cuando medimos los saldos positivos o negativos de cada partido. En nuestro caso, y en relación a las elecciones autonómicas de 2001, el índice de volatilidad (VT) se sitúa en un 9,8 (unos 120.000 votantes), ligeramente por encima del de hace cuatro años (8,2), pero inferior al de las últimas legislativas (11,3).

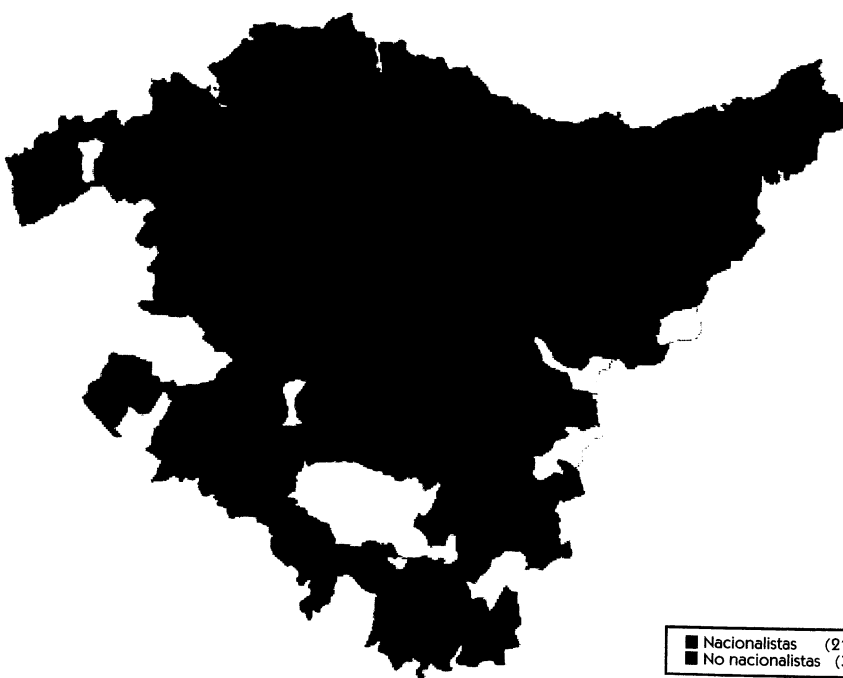
La mayor parte de esa volatilidad (9,1 o 93%) se produce entre las distintas opciones en el interior de cada uno de los dos bloques, nacionalista o no, y sólo en muy pequeña proporción (0,7 o 7%) se ha podido traspasar esa frontera, mostrando así el predominio de la dimensión identitaria en el comportamiento electoral autonómico. Sin embargo, en el caso de los bloques ideológicos de izquierda y derecha, el comportamiento es casi inverso si tenemos en cuenta que la mayor parte de esa volatilidad (9,4 o 96%) se produce entre ambos bloques y tan sólo una pe-

queña parte (0,4 o 4%) en el interior de cada bloque de izquierda o derecha. Esto nos indica, en efecto, que la mayor parte de esa volatilidad o realineamiento se ha producido del PNV-EA hacia las opciones de la izquierda *abertzale* (EHAK y Aralar) o del PP y EB/IU hacia el PSE-EE, y, en mucha menor medida, de los nacionalistas al PSE-EE.

Si comparamos este comportamiento de la volatilidad autonómica con la obtenida hace un año en las legislativas (11,3), comprobamos que entonces la volatilidad entre el bloque nacionalista y no nacionalista (41%) y la del interior de cada uno de estos bloques (59%) estaba mucho más equilibrada. Por el contrario, la mayor parte de esta volatilidad (71%) lo era entre los bloques de izquierda y derecha, y mucho menos (29%) en el interior de cada uno de ellos.

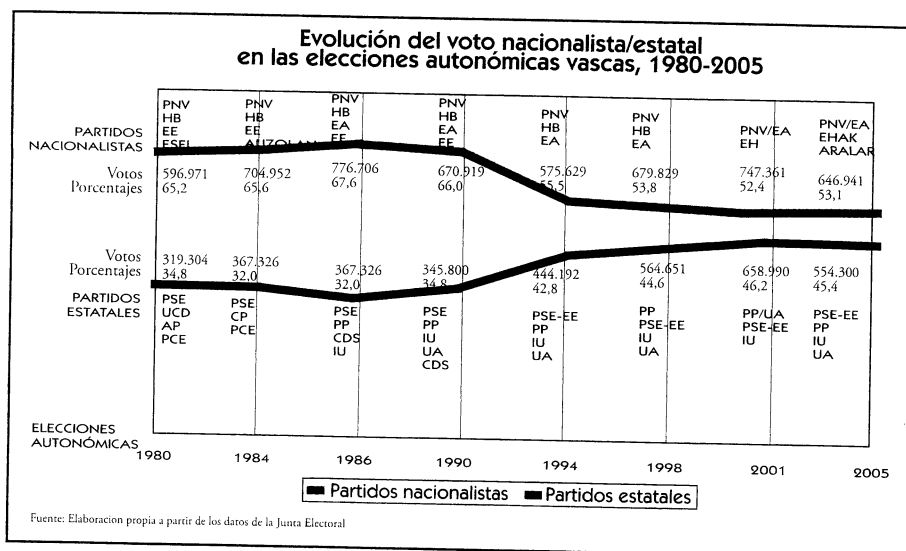
Fijémonos, por tanto, en la evolución de la que parece la dimensión más influyente en el comportamiento autonómico de los vascos, que es la que agrupa a los partidos en nacionalistas o estatales. De su observación se deduce con claridad, en primer lugar, el predominio nacionalista en todas las elecciones autonómicas, pero en segundo lugar una progresiva reducción de la ventaja de los más de treinta puntos de voto válido de la primera década a los seis o siete puntos actuales, y, en tercer lugar, una lenta reducción hacia el equilibrio en la última década. Lo cierto es que, en términos censales, fueron 20 puntos en la primera década y se ha producido una progresiva reducción de la diferencia entre los ocho puntos de 1994 y los menos de cinco actuales. El actual 53,1% del voto válido obtenido por los nacionalistas, aunque ligeramente superior al de hace cuatro años, es el peor desde 1994. Por su parte, el 36% censal⁹ es el segundo peor de todas las elecciones autonómicas después del de 1994, lo que daría un mal balance en términos electorales al ciclo político capitaneado por Ibarretxe, máxime si tenemos en cuenta que la evolución –tanto censal como en voto válido–, de las opciones estatales ha sido la de un incremento casi constante y, por tanto, una reducción de la diferencia entre ambos bloques.

Bloque ganador en las elecciones autonómicas vascas de 2005



⁸ Se trata del índice de volatilidad de M. Pedersen ('Changing Patterns of Electoral Volatility in European Party Systems', 1948-1977, en Daadler, H., y Mair, P., eds., *Western European Party Systems. Continuity and Change*, pág. 31, Londres, Sage, 1983). La volatilidad parcial relativa a los bloques se refiere a la adscripción izquierda/derecha o nacionalista/estatalista según el índice de S. Bartolini ('La volatilità elettorale', en *Rivista Italiana di Scienza Política*, núm. 16, pág. 372, 1986).

⁹ Este porcentaje es el que más se aproxima al sentimiento nacionalista expresado por los vascos, que en nuestro último Euskobarómetro, de noviembre, se cifra...



Pero quizá más significativa que la volatilidad ha sido la desmovilización en estas elecciones. Y en este caso lo más importante es que la línea de fuerza de la desmovilización (mucho mayor que el contingente electoral cosechado por los movimientos antisistema) apunta a que ésta la han protagonizado los sectores moderados del PNV, del PP y de EB/IU descontentos o fatigados con la política de frentes, por un lado, y con la radicalización nacionalista, por otro. Diríamos que no se han decidido a provocar un vuelco o cataclismo electoral (habrá que estudiar por qué) pero le han dado a las principales fuerzas políticas del país (el PNV y el PSE-EE) y a sus líderes (Ibarretxe-Imaz y Zapatero-López) un mensaje de cambio y concertación. Por otra parte, la consolidación por Aralar de los 36.000 votos que ya había obtenido en las elecciones forales de hace dos años y la recuperación de los 7.000 por parte de la fuerza reactiva y difícil gobernable de la nueva marca EHAK/PCTV hay que verlas más en clave de realineamiento continuo del nacionalismo que en clave de radicalización, en todo caso secundaria o colateral. Tampoco vale el argumento de la mayoría nacionalista para gobernar sólo, con o para ella, porque esta misma sociedad había producido hace solo un año (siendo así en las elecciones legislativas desde 1993) una foto justamente invertida de la relación entre ambas mayorías alternativas, nacionalista o no.

La gobernabilidad:

deshacer el empate con la concertación

Como acabamos de comprobar, no han sido grandes los cambios. En realidad, las elecciones han sido más de continuidad que de realineamiento. Sin embargo, en una situación tan fragmentada y compleja como la vasca, los pequeños movimientos electorales y la correlación de fuerzas parla-

mentarias pueden producir cambios políticos significativos en la gobernabilidad. Lo cierto es que la situación parlamentaria es la más parecida a la de la segunda legislatura, iniciada en 1984, y esto es lo que nos permite hablar de un cambio de ciclo. En aquella ocasión, y tras la primera legislatura minoritaria nacionalista (con la coalición en la sombra de HB), se produce un empate a 32 entre el PNV y el resto de la oposición democrática encabezada, también, por el PSE (con 19 escaños). Entonces pesaba, igualmente, la fuerza antisistema de HB con mucha mayor capacidad de chantaje (con 11 escaños) y, sobre todo, con una ETA fuerte. Es verdad que entonces estábamos en el inicio del autogobierno, acabábamos de sobreponernos del susto del intento de golpe de Estado y había un Gobierno socialista fuerte en Madrid. El resultado ya es conocido: un camino difícil de concertación que dio paso a un nuevo ciclo político de pactos y coaliciones pero con consecuencias dolorosas para el nacionalismo (crisis de liderazgo, primero, y ruptura, después). Lo que estuvo claro en aquel momento es que la gobernabilidad no podía serlo en precario y mucho menos estar supeditada al chantaje violento, que la lucha contra el terrorismo y la política de pacificación eran prioritarias y que el desarrollo y consolidación del autogobierno eran cosa de todos.

Ahora, el empate puede ser a 33, los problemas de fondo siguen siendo los mismos, pero el tiempo no ha pasado en vano y las circunstancias y los actores son muy distintos. En efecto, el actual empate se produce en un contexto de ruptura muy distinto, pero la capacidad de chantaje y fortaleza de los violentos también es mucho menor. Las elecciones no han provocado la alternancia, pero sí cambios en la gobernabilidad.

situarnos en el final del trayecto iniciado por el tren de Estella.

Sólo hay dos opciones: o el PNV-EA continúa administrando en precario (que no gobernando) sin mayoría y apoyándose en la fuerza antisistema del EHAK/PCTV, que solo alargaría la agonía del ciclo, o se abre una política de concertación con el resto de fuerzas democráticas, particularmente con el PSE-EE, para iniciar una etapa de negociación y consenso que normalice la vida política del país y anule la capacidad de chantaje de los violentos. La otra posibilidad de gobierno de coalición con los socialistas no parece madura en este momento, pero no será descartable en el futuro si se dan las condiciones previas de concertación y revisión estratégica del nacionalismo, de forma expresa o tácita. Sin embargo, todo apunta a que el empecinamiento irresponsable de Ibarretxe, los problemas de su coalición electoral, el vértigo del nacionalismo a cambiar de estrategia y su lectura sesgada del resultado electoral le van a llevar a optar por el camino del medio, prorrogando un final agónico del ciclo. Para ello echará mano de su proverbial victimismo, aprovechándose de su preeminencia institucional y de la hegemonía social del nacionalismo, al tiempo que intentará cargar sobre los demás (socialistas y populares, y, en menor medida, la izquierda *abertzale*) la responsabilidad de no dejarle gobernar e, incluso llegado el caso, de tener que adelantar las elecciones, maximizando cualquier error de éstos. De la responsabilidad y la inteligencia de la otra mayoría, muy particularmente de los socialistas con el Gobierno de la nación al frente, depende aprovechar bien esta gran oportunidad para convencerle, no de que es el ganador, pero sí de que sus objetivos políticos han salido derrotados por el pluralismo y la moderación de la sociedad vasca y, por tanto, hay que perder el menor tiempo y energía posibles para iniciar el nuevo ciclo; de momento, con él al frente, y, aunque sea transitoriamente, en minoría. ■